



GODICHEAU, François y PABLO SÁNCHEZ León, eds. (2015)  
*Palabras que atan. Metáforas y conceptos del vínculo social en la historia moderna y contemporánea*  
 Madrid: FCE. 438 páginas.

Los estudiosos de la historia conceptual hace ya tiempo que tenían entre ceja y ceja la exploración de los nexos entre las metáforas y los conceptos. En el seno de las conferencias anuales del *History of Political and Social Concepts Group* (HPSCG) que se vienen realizando desde la década de los noventa, en los congresos de *Iberconceptos* (un grupo que reúne a investigadores iberoamericanos para reescribir la historia atlántica desde el enfoque de la historia conceptual y que ya cuenta con la publicación de dos diccionarios<sup>1</sup>), así como en las contribuciones individuales de distintos académicos involucrados en el movimiento<sup>2</sup>, el tema ha salido a relucir en incontables oportunidades.

No obstante, la incorporación de la historia de las metáforas dentro del campo de la historia conceptual como una línea de investigación, presenta una

<sup>1</sup> Javier Fernández Sebastián (dir.). *Diccionario Político y Social del Mundo Iberoamericano*. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2009 y 2014, 11 vols. en 2 tomos.

<sup>2</sup> Véase, entre otros trabajos vinculados al mundo de la historia conceptual, Rüdiger Zill, “Substrukturen des Denkens”. Grenzen und Perspektiven einer Metapherngeschichte nach Hans Blumenberg, en Hans-Erich Bödeker (Hgg), *Begriffsgeschichte, Diskursgeschichte, Metapherngeschichte*, Göttingen: Wallstein Verlag, 2002, pp. 209-258; Lutz Danneberg, Sinn und Unsinn einer Metapherngeschichte, en Hans-Erich Bödeker (Hgg), *Begriffsgeschichte, Diskursgeschichte, Metapherngeschichte*, Göttingen: Wallstein Verlag, 2002, pp. 259-421; Javier Fernández Sebastián, Conceptos y metáforas en la política moderna. Algunas propuestas para una nueva historia político-intelectual, en Canal, J. y Moreno Luzón, J., eds. *Historia cultural de la política contemporánea*. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2009, pp. 11-30; y Elías Palti, Ideas, conceptos y metáforas. La tradición alemana de historia intelectual y el complejo entramado del lenguaje, en Javier Fernández Sebastián y Gonzalo Capellán de Miguel, eds. (2011). *Lenguaje, tiempo y modernidad. Ensayos de historia conceptual*, pp. 213-241. Santiago de Chile: Globo Editores.

gran novedad y sobre todo por el hecho de que la obra se presenta al mundo hispanohablante reuniendo trabajos de gran calidad. Con la apertura de una línea de investigación nos referimos al hecho de que un problema de pesquisa científica encuentra la suficiente cantidad de apoyo en una bibliografía especializada, como para constituirse autónomamente y prolongarse en el tiempo. Justamente, esa es la pretensión que tiene esta obra: convertirse en una piedra fundacional, romper brechas y fundar una nueva corriente historiográfica —o ampliar la ya existente de la historia conceptual.

El origen del libro se remonta a un proyecto de investigación interdisciplinar (agrupando a historiadores, filósofos y filólogos), que involucró la colaboración del Grupo de Historia Intelectual de la Política Moderna de la Universidad de Bilbao, junto con un grupo de investigadores de la Universidad de Burdeos 3-Michel de Montaigne. Estos académicos, tras diagnosticar el predominio de los enfoques retóricos y literarios en la comprensión de las metáforas, a pesar de la influencia de algunos trabajos de filósofos y lingüistas (P. Ricoeur, H. Blumenberg y G. Lakoff, primariamente), se dieron cuenta de que resultaba bastante plausible plantear el problema de las metáforas desde una perspectiva tanto histórica como teórica. Es decir, escribir la historia de los usos de las metáforas y sus relaciones con la constitución lingüística del mundo social, significa penetrar en un campo yermo cuya exploración puede reeditar una comprensión más cabal y compleja del fenómeno metafórico. Se trata de una empresa que parte del supuesto de que las metáforas no se encuentran en relación de inferioridad ontológica frente a los conceptos, sino que existe un mundo inmenso e inexplorado en el cual conceptos y metáforas se hibridan. Y es que, sencillamente, los conceptos pueden ser usados metafóricamente y las metáforas conceptualmente, de cuyo ir y venir pueden incluso resultar conceptos-metáfora, es decir, significantes que han dejado de ser metáforas, pero que aun no son plenamente conceptos.

Los editores de la obra, François Godicheau y Pablo Sánchez León, juzgan que el proyecto que tienen entre manos habría de inscribirse dentro de la historia social. Y es que una vez que la historia social ha abandonado el marco teórico estructural-funcionalista, y se ha hecho consciente de la radical historicidad del lenguaje y lingüisticidad de la historia, así como de la constitución lingüística de la realidad social, habría de enfocarse fundamentalmente en los problemas relativos a las representaciones que las distintas sociedades se han hecho de lo que las une, así como de aquello que cohesionan a sus miembros y cómo estos emplean el lenguaje para ubicarse dentro del entramado social y moverse (actuar) en él. En este sentido,

el trabajo de Koselleck en el que exploraba las relaciones nuevas entre historia de los conceptos y la historia social, no encontró interlocutores que llevaran adelante esa línea de investigación. Los autores se plantean, en consecuencia, tomarle el testigo al historiador alemán.

La gran fortaleza de este trabajo es que todos los artículos que lo componen (ascendiendo a trece) cuentan con un buen basamento teórico, demostrando cómo la reflexión histórica es inseparable de un conjunto de supuestos teóricos, y mientras más explícitamente se les trabaje y perfile, mucho mejor. Aun así existen trabajos enfocados predominantemente en lo histórico y aquellos cuyo abordaje confiere primacía a la reflexión teórico-filosófica, por lo que usaremos este criterio para clasificarlos en dos grupos.

Comencemos por aquellos que enfatizan los problemas de la metáfora, su historicidad, su relación con los conceptos y sus funciones en la fabricación del mundo social. Inaugurando los ensayos se encuentra el artículo de Javier Fernández Sebastián, *Metáforas para la historia y una historia para las metáforas*, director de proyecto de Iberconceptos y referencia ineludible por su extensa obra y la importancia de sus contribuciones en el mundo de la historia conceptual. El académico de la Universidad del País Vasco sostiene que las metáforas comportan un campo de estudio de sumo interés para la historia, pero al mismo tiempo llama la atención sobre la manera en que la historiografía constituye su objeto de estudio a partir de metáforas. Piénsese, por ejemplo, en la manera en la que el utillaje conceptual del historiador está plagado de imágenes arquitectónicas, geológicas o estratigráficas. Para el autor resulta claro que las metáforas tienen un valor cognitivo y que el mundo está constituido metafóricamente. Una “metáfora maestra” en la historiografía es aquella de la distancia temporal, la cual convierte al historiador en un mediador. Fernández Sebastián sugiere que se pueden discernir dos regímenes distintos de metaforicidad/literalidad en la historia europea. El régimen antiguo se caracteriza por una metaforicidad ingenua, en el sentido de que se solían usar metáforas sin siquiera estar conscientes de ello. El régimen moderno se destaca por una metaforicidad consciente, pues los sujetos son capaces de discernir entre los usos literales y figurados del lenguaje. En este segundo régimen de metaforicidad surge la literalidad como una fuerza que empuja a la metáfora hacia la literatura, aunque sin poder desterrarla plenamente del lenguaje formal y explícito de la ciencia. La palabra metáfora, nos recalca, es a su vez una metáfora, pues significa traslado en el griego; la metáfora, en el desplazamiento que produce, acaba por modificar los términos entre los cuales pretendía tender un puente.

Eric Marquer se pregunta si: ¿Existe un uso filosófico de las metáforas?, a cuya interrogante acaba por responder positivamente. El autor distingue entre un uso metafórico puntual y lo que denomina *metáforas estructurantes*, es decir, aquellas que tienen una pretensión metódica y sistemática. Considera que para hablar de metáforas debe identificarse una intención metafórica (compárese con lo que apunta Fernández Sebastián, quien estima que pueden usarse metáforas sin estar consciente de ello) y que a menudo tal intención va ligada a una intención de definición. Es entonces cuando la metáfora exhibe una pretensión cognitiva que va mucho más allá de una floritura. En realidad, las metáforas empujan a la innovación conceptual y son responsables de la evolución del lenguaje. De hecho, existen cosas que no se pueden expresar, sino por intermedio de metáforas, por ende, carece de sustento distinguir entre un uso poético y otro conceptual, pues a ambos subyace el mismo proceso.

Dardo Scavino nos ofrece una visión panorámica sobre *La metafísica y la metáfora del lazo social*. La tesis del autor consiste en señalar que desde la Antigüedad hasta la Posmodernidad la evolución de la filosofía metafísica ha comportado una concepción (metafórica) determinada del lazo social. La razón de ello reside en el hecho de que la metafísica se nutrió en sus orígenes de la metafórica del cuerpo social, la cual tomó para plantearse el problema de la unidad y de la multiplicidad y a partir de allí la volcó de nuevo sobre el mundo político. Por tanto, la metafísica y la política han mantenido un lazo indisoluble. En la Antigüedad el lazo social, es decir, aquello que congregaba, unía o asociaba a los hombres, tenía un origen divino. Con la Modernidad se produce un giro copernicano que desplaza el lazo que reúne lo múltiple de un théos a un ánthropos, es decir, al hombre. Y en la Posmodernidad se ha llegado a concluir que lo que une lo múltiple es la palabra, concretamente, lo que le da unidad a las cosas es el simple acto de denominar. El autor concluye que la dificultad contemporánea para pensar el vínculo social deriva de su carácter paradigmático del pensamiento metafísico.

Luis Fernández Torres nos presenta la tesis de que la Modernidad produjo un desplazamiento en los supuestos que nos hacían concebir el orden del mundo y los fundamentos del poder político, el cual acabó por impulsar un cambio de paradigma metafórico en *Metáforas del vínculo social en el umbral de la modernidad tardía*. Antes del siglo XVIII se observa el predominio de un paradigma metafórico en que las metáforas cumplían la función de representar la unidad de la comunidad política, convirtiéndose así en metáforas absolutas por hacerse imprescindibles para

el lenguaje. Las metáforas del vínculo social eran particularmente idóneas para esta función, entre las que destaca la metáfora organicista. Sin embargo, con la entrada a la Modernidad, la cual supuso el desacoplamiento de las concepciones jurisdiccionales de la justicia y el poder, la imposibilidad de proveerse de una orientación fija en principios trascendentales, así como la creciente aceptación de divisiones o partidos dentro de la sociedad, la representación de la unidad de la sociedad se convirtió en un difícil problema. Surgieron metáforas mecanicistas e incluso el reino de la metáfora fue desplazado por la ideología, pero con todo, las metáforas organicistas tuvieron que reacomodarse para cumplir aquella función, aunque sin convencer de la misma forma en que lo hacían otrora.

Iñaki Iriarte López nos presenta un nuevo argumento a favor de la constitución metafórica del mundo, partiendo de una perspectiva que une filosofía, poesía y religión en *Lo que dura, lo fundan los poetas. Metáforas, arquetipos, religión y vínculo social*. El autor parte de un análisis de la historia del concepto de metáfora y nos enfrenta a las consecuencias que los usos primigenios han tenido en su posterior destino. La metáfora, en el contexto intelectual griego, nos dice, no ha de usarse cuando se quiere explicar o comprender algo, pues por naturaleza estimula la imaginación en vez de la razón. Además, la metáfora es licenciosa, ya que no establece el porqué de la analogía ni fija sus límites. Esta visión desconfiada y crítica de la metáfora empezará a ceder con el primer Romanticismo, en cuyo decurso se desarrolla una comprensión más compleja de la metáfora. La metáfora será el procedimiento fundamental de la poesía. De la lengua se dirá que tiene un carácter marcadamente metafórico. La metáfora, con su mecanismo de traslación, tiende puentes, enlaza lo conocido con lo desconocido, “implica un ‘como si’ creador de conocimiento” (p. 361). Pero a medida que se inaugura un orden se trastoca otro, pues como dice Novalis, todo léxico es un juego de palabras en el que todo está conectado, de modo que la alteración de un nexos mueve al conjunto. De este examen del Romanticismo el autor deduce que la metáfora es un recurso cognitivo que iguala a la ciencia y la poesía. Al mismo tiempo enfatiza que esos puentes tendidos por las palabras crean poderosos vínculos sociales. Como ejemplo trae a colación el hecho de que a pesar de la secularización aun hoy en día podemos ver la fuerza de las metáforas católicas en nuestro uso cotidiano del lenguaje, sin estar conscientes de ello. Es así como muchas metáforas religiosas han devenido arquetipos. La religión y la poesía se vinculan, por otra parte, en tanto ambas interpretan al mundo como una infinidad de signos a ser descubiertos en sus significados ocultos.

Ahora pasemos a examinar los trabajos que explican en diversos contextos históricos y sociales la metáfora del vínculo social —e incluso, aunque insospechadamente, el vínculo social como metáfora del concepto de metáfora. Cuando hablamos de vínculo social nos enfrentamos a una perplejidad y es que se trata de una metáfora que está compuesta de dos metáforas. Este problema lo expone con mayor claridad que otros el trabajo de François Godicheau, *Vínculo social y metáforas sobre la peligrosidad en la España del siglo XIX*. La voz sociedad procede de la teoría del contrato y remitía a la asociación de un grupo de hombres con el objeto de defender sus derechos naturales y perseguir el bien común, con lo que se separaba de la concepción corporativa tradicional de la Edad Media. La voz de vínculo estaba enclavada también en este marco tradicional; se hablaba de vínculo de sangre, fraternidad, amistad o unidad. La metáfora del vínculo social emerge en un contexto intelectual en donde la sociedad se pensaba como constituida por individuos pactantes. Frente a este contexto de significado individualista, la metáfora del vínculo social tenía la ventaja de que no implicaba que los elementos integrantes de la unión fuesen necesariamente individuos (de hecho, el autor rastrea usos de la expresión referidos a la administración y la organización del poder público) y, por ende, permitía pensar lo social no ligado exclusivamente a lo político. De aquí el campo libre para que el asociacionismo y el socialismo abrevaran de la metafórica del vínculo social y que se acuñasen sintagmas como la “cuestión social”, la “revolución social”, “reforma social”, etc. Las metáforas del vínculo social se empleaban predominantemente en un contexto de peligro que corría un orden político. Creaba así un marco discursivo donde se construía la figura del enemigo social (bandidos y anarquistas para el caso que estudia el autor) y se propugnaba el programa político de “defender la sociedad”. En la España del siglo XIX se presenta el problema de que el liberalismo no disponía de los medios teóricos para describir los problemas de desigualdad derivados de la economía capitalista; igual de incapaz permanecía el tradicionalismo. Pero el moderantismo se convirtió en una solución al mezclar tradicionalismo y liberalismo.

Sandro Landi es el encargado de mostrarnos las metáforas del vínculo social en Maquiavelo, en su trabajo *Para purgar los ánimos de aquellos pueblos. Metáforas del vínculo político y religioso en Maquiavelo*. El autor demuestra cómo Maquiavelo emplea, en el discurso metapolítico, el concepto hipocrático y galénico de humor con el propósito de explicarse, tanto la naturaleza de una población sujeta a dominación como sus opiniones, sentimientos y creencias. Este recurso al lenguaje médico por parte de Maquiavelo le permitió explicarse fenómenos que no podían

ser aprehendidos con la conceptualidad política disponible. ¿Se trata entonces de usos metafóricos? —se interroga el autor. La metáfora del humor nos deja ver, en definitiva, cómo se llegó a asir el fenómeno de la opinión.

Miguel Saralegui hace lo propio con Hobbes en *De la colmena al cuerpo: evolución de las metáforas del vínculo social en Hobbes*. Se trata de un trabajo muy interesante y prolijo en que el autor examina (y, en cierto sentido, justifica filosóficamente) las opciones que Hobbes toma a favor de la metáfora del cuerpo en detrimento de la popular (para aquel entonces) metáfora de la colmena. Examinando la aparente paradoja de que Hobbes rechace el uso de las metáforas y que, sin embargo, su *Leviatán* sea tan rico en ellas, el autor concluye que para Hobbes, al hablar del cuerpo político, no se trata de un uso metafórico: el cuerpo humano era concebido por este como una creación artificial de la voluntad divina, del mismo modo que el Leviatán era un cuerpo artificial creado por el hombre.

Isidro Vanegas estudia la metáfora del vínculo social en el contexto emancipatorio neogranadino en *Vínculo social, poder y revolución. Nueva Granada de la monarquía a la república, 1780-1816*. La revolución —argumenta el investigador colombiano— produjo indudablemente una ruptura en las formas de concebir el vínculo social. Es así como el autor tipifica un vínculo social monárquico y un vínculo social democrático. El vínculo social monárquico se caracteriza por las siguientes características: jerarquía desigual (la sujeción de un hombre a su superior natural era sinónimo de orden social; pensarse un hombre independiente y desvinculado era escandaloso y hasta blasfemo), sacralidad (las relaciones jerárquicas entre los hombres de diferente condición y de los súbditos con su rey eran sagradas; el orden político tenía como fin realizar la verdad religiosa), incorporación (la sujeción y dependencia de los hombres pasaba por el hecho de que estos vivían su vida en el seno de corporaciones públicas y privadas; las corporaciones brindaban estatus, protección y servían de marco para la acción pública) y antelación de la sociedad sobre el individuo (no cabía el deseo de singularizarse, pues era equiparado a independencia, desincorporación y, por ende, anarquía y disolución del lazo social). El vínculo social democrático, por oposición, se caracterizaba por: la igualdad (la sociedad está compuesta por individuos, y estos son legalmente iguales entre sí; el principio jerárquico se convirtió en inmoral y antinatural), mundanidad (la sociedad se concibe como creación del hombre a través de pactos y no como creación divina), consentimiento (es decir, la constitución del vínculo social pasaba por la aceptación voluntaria del pacto social por parte del individuo) y obligatoriedad (pues una vez consentido el pacto debían obedecerse sus leyes).

Pablo Sánchez León expone el caso de la voz fraternidad como una metáfora conceptual en *¡Uníos, hermanos proletarios! Trayectoria de la metáfora conceptual de fraternidad en la España contemporánea*. La fraternidad –nos explica el autor– es una metáfora conceptual, pues del lado metafórico está ligada al campo semántico de la familia sanguínea, mientras que conceptualmente está ligada al campo semántico de la emancipación. La importancia que adquiere la voz deriva de su capacidad para representar el vínculo social, cuando lo que se liga son individuos autónomos. El autor sostiene la tesis de que, en el contexto político e intelectual de la Segunda República española, el concepto de fraternidad hizo posible un socialismo democrático al vincular los distintos proyectos ideológicos con una concepción de ciudadanía. Esto fue posible porque las distintas ideologías de izquierda mantuvieron una referencia al valor republicano de la virtud cívica, el cual sobrevivió al pasar del tiempo en el cascarón del concepto-metáfora de la fraternidad. Esto de ninguna manera significó ausencia de desplazamientos semánticos: la fraternidad se empleó como mecanismo de inclusión/exclusión, se le opuso como contraconcepto el egoísmo social y se asoció con revolución pacífica, entre otros usos.

Pedro José Chacón Delgado nos expone *La metáfora de la limpieza de sangre en el origen del nacionalismo vasco*. El autor nos narra la historia de cómo el nacionalismo vasco de Sabino Arana Goiri se fundamentó en una metáfora de la limpieza de sangre, la cual se desmarcaba de los criterios fueristas que habían empleado los vascos para distinguirse y afirmar su identidad hasta entonces. Y crea así una imagen de la raza vasca (una raza limpia de sangre y pura desde tiempos inmemoriales), que aunque invadida por la raza impura y mezclada española, mantenía una pureza de sangre simbolizada en sus apellidos de origen toponímico eusquérico.

Nere Basabe nos expone un interesante trabajo (titulado *El concepto de vínculo social y sus metáforas en los orígenes del pensamiento presociológico francés*) en el que demuestra cómo el creador del sintagma “vínculo social”, Jean Jacques Rousseau, estableció los marcos en los que se desplegarían los usos de la metáfora durante todo el siglo XIX, hasta llegar a abonar el terreno donde germinaría la sociología de Émile Durkheim. J.J. Rousseau elaboró más prolijamente la metáfora del vínculo social en el manuscrito de Ginebra (el borrador de *El contrato social*). Sin embargo, a pesar de sus pocas menciones en *El contrato social*, el sintagma logró hacer carrera. Progresivamente su uso fue incrementando, sobre todo en períodos en los que el orden político se encontraba amenazado. La impronta de

Rousseau es importante porque marca los usos que tendrá en el futuro, a saber, si el vínculo social es natural o artificial. Dentro de la concepción artificial se hallarán usos como: el vínculo social como opuesto al estado de naturaleza, el vínculo social como contrato, el vínculo social como interés y el vínculo social como ley. Desde su concepción natural se verá a la familia como el primer vínculo social, así como al soberano y a la religión. Existen otros usos dispares: Holbach (la felicidad), Pierre-Louis Lacretelle y Le Clerc (la libertad), Cabanis (la virtud), Chateaubriand (la civilización), Bouville (la opinión pública), Saint Simon (la clase media). La autora halla un proceso de naturalización progresiva de la metáfora del vínculo social –el cual, por cierto, aun puede notarse en el pensamiento sociológico contemporáneo.

Y finalmente, Brice Chamouleau nos habla de la homosexualidad en *Salir del armario. Apropiaciones y rupturas de una metáfora gay en España*. La autora examina los orígenes de la metáfora de “salir del armario” y su apropiación por el movimiento gay en la España posfranquista. Lo realiza en dos momentos, en los setenta, cuando los gay se organizaban pero no concebían su movimiento en un sentido político, y en los noventa cuando su movimiento se convirtió en un movimiento por sus derechos.

La lectura de esta obra despeja el camino a muchas reflexiones y a ello quisiéramos dedicar esta última parte. Para empezar, los artículos examinados ponen sobre el tapete tópicos polémicos. Uno de los que recorre toda la obra es el siguiente: ¿Es posible usar una metáfora sin estar consciente de ello? Si nos atenemos a lo que aquí señala Eric Marquer y a lo que prescribe Quentin Skinner en la historia intelectual,<sup>3</sup> no se podría achacarle un uso metafórico a quien no hubiese aceptado tal descripción de lo que hacía al decir. No obstante, las investigaciones como las de Lakoff y Johnson, *Metáforas de la vida cotidiana*, por demás profusamente citadas a lo largo de la obra, demuestran que en efecto las metáforas persisten en nuestro lenguaje sin que tengamos conciencia de ello. Quisiéramos discutir este problema en relación con un problema poco atendido en la obra: la historicidad del concepto de metáfora.

---

<sup>3</sup> Dice el académico de Cambridge: “...no se puede decir que ningún agente haya querido decir o conseguir algo sobre lo que nunca haya querido aceptar como una descripción correcta de lo que haya querido decir o lograr”. Skinner, Q. (2007). Significado y comprensión en la historia de las ideas, en Enrique Bocardo Crespo (ed.). *El giro contextual. Cinco ensayos de Quentin Skinner y seis comentarios*. Madrid: Tecnos, p. 89.

Por más perplejidad que nos pueda causar la proposición, hay que ser capaces de distinguir entre la historia de las metáforas y la metáfora como la conceptualización histórica y contingente de un tipo determinado de usos lingüísticos. Como suele ocurrir, tendemos a dar por supuesto que si un problema puede remitirse a la Antigüedad clásica, podemos hallar allí sus orígenes y fijar el punto de partida de la investigación. Evidentemente, se trata de un punto de partida irrecusable, desde que no se disponen fuentes tan copiosas de tiempos más antiguos. No obstante, partir de una civilización compleja que tenía en su haber logros evolutivos como la escritura (y que esta no se encontrara bajo el monopolio de una casta sacerdotal encargada de preservar verdades reveladas) y que siguió un derrotero particular, puede inducirnos a mal concebir ciertos problemas.

Como condición de la posibilidad de la emergencia de la metáfora, es necesario un sistema semiótico que permita distinguir entre usos literales y usos figurados, usos propios y usos ajenos. Una cultura cuyo sistema semiótico carezca de la capacidad de realizar esta distinción, igualmente efectuará el procedimiento de interpretar lo desconocido en términos de lo conocido. No obstante, lo nuevo será una extensión u otra manifestación de lo viejo o conocido. Se trataría de un universo semántico fundado en asociaciones mas no en diferencias. No en balde, el lenguaje de estas culturas les lleva a desarrollar un cuerpo de creencias mágico-animistas.

Las posibilidades de distinguir entre lo propio y lo ajeno no dependen de la evolución del sistema semiótico en solitario, sino que se encuentra en estrecha relación con el incremento de complejidad de la estructura social. Una vez que un sistema social permite la diferenciación interna, al tiempo que se desarrollan prácticas y formas de acción diversas, se va diferenciando también una jerga que se hará indisociable de tal práctica. Así, la praxis de una actividad social constituirá el marco de referencia de lo propio, lo cual puede diferenciarse de lo ajeno.

Pero para que esta diferencia abra paso a la metáfora, tal diferencia debe poder ser observada y ello significa que se le pueda concebir como unidad, es decir, que se pueda establecer una posición desde la cual contemplarla, esto es, que se acuñe un concepto para definirla. Como nos hace saber Javier Fernández Sebastián, este es un proceso reflexivo (es decir, que se aplica a sí mismo; una forma que se reintroduce dentro de sí misma), pues para distinguir entre un uso lingüístico propio y otro ajeno debe operarse previamente un desplazamiento semántico de lo propio hacia lo ajeno –quizá por esto Blumenberg haya estimado que el marco más idóneo para abordar el problema fuese una teoría de la inconceptualidad. Es

por ello que la voz metáfora, significando traslación en griego, es ya una metáfora. En consecuencia, el nacimiento del concepto de metáfora es producto de una operación autorreferencial.

Ahora bien, desde que un sistema social es capaz de observar la diferencia entre usos lingüísticos propios y usos ajenos, el trazado de la distinción dependerá de la posición desde la que se realice el trazo, es decir, dependerá del punto de vista del observador. Puesto que la distinción puede seccionar al mundo de distinta manera, según las referencias que se tomen, ello engendrará una oscilación semántica dentro del concepto de metáfora. Dicho de otra manera, la metáfora se tornará indeterminada semánticamente. En la medida en que un sistema social incrementa su grado de diferenciación y complejidad, esto vendrá a significar que las referencias a lo propio no podrán darse absolutamente por supuestas, sino que tendrán que ser fabricadas en la expresión metafórica misma –justamente por ello, para Max Black la analogía no está supuesta, sino que es creada performativamente por la metáfora.<sup>4</sup> La otra cara de la moneda de lo que acabamos de decir, es que no habrá criterios únicos para definir qué es lo propio y qué lo ajeno, por lo que el problema tendrá que resolverse recurriendo a la autoridad (de la religión o el poder político, y tarde en la evolución europea, de la ciencia) y cuando esta no satisfaga habrán de buscarse otras salidas. Justamente, en la sociedad contemporánea la autoridad no resuelve el problema y la diferencia entre uso literal y metafórico debe basarse en argumentos y ello es cada vez más difícil, puesto quien distingue entre usos literales y usos figurados no puede ver sino metáforas.

También debemos considerar, aunque sea de pasada, otro fenómeno interesante: que las metáforas son objeto de valoración, así como el concepto mismo de metáfora. La posibilidad de la valoración de las metáforas y de los conceptos de metáfora no depende ya tan solo de la existencia de distintos sistemas sociales, sino sobre todo de la evolución de distintas codificaciones a partir de la autoorganización de los procesos comunicativos. Así pues, observada desde el código estético bello/feo o medio/forma, la metáfora adquirirá un estatus diferente a que si es observada desde el código de la ciencia, verdadero/falso. Los códigos no proporcionan un vehículo de acceso privilegiado a la realidad; solo sirven de rendija para el procesamiento de información por parte de los sistemas funcionales. Y puesto que la sociedad también puede valorar a su vez a sus sistemas funcionales (pues un

---

<sup>4</sup> Referido por Rüdiger Zill, en Bödeker (2002), p. 226.

tipo de comunicación como la científica cuenta con mucho prestigio y resonancia en la sociedad moderna), algunas valoraciones pesarán más que otras. Desde este punto de vista, esta obra que examinamos contribuye (y pretende hacerlo) a una revaloración científica del uso de las metáforas. En esto la suerte de las metáforas es igual a la de los conceptos, que también son valorados desde códigos y referencias sistémicas diversas, en función de su respectiva capacidad de enlace (es decir, de su idoneidad para producir y reproducir más comunicaciones).

La diferenciación funcional de la sociedad moderna facilita la acción de las metáforas, pues la autoorganización de la comunicación en función de un código particular crea un valor propio, el cual funge como marco de referencia en remisión al cual puede establecerse lo propio y lo literal. Desde allí los préstamos conceptuales de un campo funcional a otro se facilitan y se hacen explícitos, pues cada sistema decide cómo se apropia de la metáfora en cuestión y cómo la compagina con sus propias estructuras comunicativas. Es decir, justamente porque se disponen de ejes autorreferenciales para establecer un dominio diferenciado, cada uno de ellos puede discriminar qué elementos de la expresión metafórica toma prestados y cuáles rechaza. El resultado, sin embargo (y esto lo vemos en el sistema de la ciencia entre sus diversas disciplinas, y más aun entre las distintas teorías y corrientes filosóficas y epistemológicas), es que existen múltiples y distintos trazados entre lo literal y lo figurado. Consecuentemente, determinar “objetivamente” qué es lo literal y qué lo figurado se hace imposible.

Esta mayor autonomía para determinar los préstamos y los rechazos en los usos metafóricos la podemos comprobar brevemente en el sistema de la ciencia, enlazándonos con la tesis sostenida a lo largo de la obra sobre la progresiva re-naturalización de las metáforas del vínculo social. En efecto, los préstamos de la sociología contemporánea provienen en buena medida de la biología o la física. En la sociología sistémica se ha incorporado el concepto de autopoiesis, desarrollado inicialmente por los biólogos Humberto Maturana y Francisco Varela para describir su teoría de la vida.<sup>5</sup> También varios académicos humanistas han experimentado con el concepto de autoorganización, ideado en el campo de la física y de la química para explicar el comportamiento de sistemas no lineales y de no equilibrio, que

---

<sup>5</sup> Véase Luhmann, N. (1998). *Sistemas sociales*. Barcelona: Anthropos, y Maturana, H. y Varela, F. (2004). *De máquinas y seres vivos. Autopoiesis: la organización de lo vivo*. Buenos Aires: Editorial Universitaria Lumen, respectivamente.

acaban por producir estructuras disipativas.<sup>6</sup> El concepto de red también ha hecho carrera tanto en las ciencias naturales como en las ciencias sociales.<sup>7</sup>

Pero también las ciencias sociales hoy en día se han nutrido de préstamos conceptual-metafóricos provenientes del campo semántico de lo artificial, como la cibernética, la teoría de la información, la matemática, la programación o la inteligencia artificial. Pensemos, por ejemplo, cómo la semiótica de Umberto Eco se nutre de la teoría matemática de la información de Shannon y Weaver.<sup>8</sup> De manera que existe la posibilidad de un retorno de las metáforas de la artificialidad (por no decir mecanicistas, ya que no sería del todo correcto) para concebir lo social.

Ahora bien, en cada uno de los ejemplos que hemos citado suele ocurrir que la disciplina que adopta el préstamo conceptual lo adapta a su propio contexto, e incluso es frecuente observar debates sobre la legitimidad y utilidad del préstamo en términos absolutos, es decir, si es cierto que existía la necesidad de recurrir a tal procedimiento.

Podríamos entonces concluir nuestra reflexión diciendo que la metáfora tiene una forma (nos referimos a sus contornos de sentido) autorreferente, reflexiva y fractal. *Autorreferente*, porque conceptualizar una metáfora implica ya hacer uso de ella; *reflexiva*, porque la distinción que permite observar lo metafórico (uso literal/uso figurado) puede reintroducirse dentro de sí misma, es decir, dentro de lo literal se puede preguntar de nuevo por lo literal y lo figurado –vale lo mismo para el otro lado de la distinción; y *fractal*, pues siguiendo este concepto desarrollado en la geometría<sup>9</sup> (¡y que vendría a resultar para nosotros en un uso metafórico!), el espacio de sentido y el espacio de imágenes y asociaciones abierto por una metáfora, permite un conjunto determinado de reinserciones metafóricas de manera isomórfica dentro de ese mismo espacio. Por ejemplo, el uso histórico

---

<sup>6</sup> Véase, por ejemplo, el Coloquio de Ceresy sobre el problema de autoorganización y las discusiones que se desatan, en donde aparece, por cierto, el tema del uso de las metáforas: Dumouchel, P. y Dupuy, J-P (1983). *L'auto-organisation. De la physique au politique*. París: Éditions du Seuil.

<sup>7</sup> Un buen ejemplo de cómo se ha empleado el concepto de red a partir de una relación fluida de préstamos conceptuales entre las ciencias naturales y la sociología es el trabajo del Doctor en Física y Doctor en Sociología Harrison C. White (2008). *Identity and control. How social formations emerge*. Princeton: Princeton University Press.

<sup>8</sup> Eco, H. (2005). *Tratado de semiótica general*. México: Random House Mondadori.

<sup>9</sup> Un conjunto fractal es aquel que tiene ciertas propiedades de escala, a saber, que da forma a una estructura que luce idéntica en todas las escalas (fractal matemático) o en un rango determinado de magnificación (fractal físico). Véase Mandelbrot, B.B. *The fractal geometry of nature*. San Francisco: W.H. Freeman.

de la metáfora del vínculo social creó un espacio dentro del cual, según el contexto de apropiación y uso, era posible metaforizar sobre nuevos vínculos de asociación/disgregación (así como cuando se utilizaba la metáfora del cáncer para representar aquello que dañaba el tejido social (Godicheau), o como cuando se evocaba un lazo como la sangre que unía desde tiempos inmemoriales a un grupo humano (Chacón Delgado); al mismo tiempo, era posible hacer una conexión con otros espacios de experiencia para ampliar el campo de referencias atinentes al vínculo social (el cuerpo, la máquina, la medicina, el mundo animal o un espacio totalmente nuevo para aquel entonces, como la ciencia social). O incluso, cuando se jerarquizan los vínculos sociales (la familia, la religión, el soberano, etc.).

Esta descripción de la metáfora tiene la ventaja de hacer coincidir las dimensiones denotativas y connotativas, ilocutivas y perlocutivas del lenguaje. Es una comprensión reflexiva, puesto que a la vez que describe la estructura de las metáforas se hace uso de metáforas, por lo que se confirma su estructura autorreferencial, reflexiva y fractal.

Quizá esta obra enfrenta dos dificultades. La primera es que presupone que la metáfora es una palabra y que, desde esta perspectiva, coincidiría el marco de referencia de la historia de los conceptos con el de la historia de las metáforas. Pero lo cierto es que, como señala Max Black, existe un foco metafórico (que puede ser una palabra) y un marco (el enunciado), cuya diferencia hace funcionar a la expresión metafórica. La segunda trata de que no hace distinción alguna entre la metáfora y otros tropos de la retórica como la metonimia, la sinécdoque y la catacrexis<sup>10</sup> –problema en el que nosotros mismos incurrimos. Pero este trabajo de investigación también tiene una gran virtud, a saber, se trata de un argumento convincente sobre cómo la metáfora juega un rol fundamental en el incremento de las capacidades cognitivas de una sociedad. Me explico. El uso de metáforas crea una realidad que no tiene parangón en el mundo, crea un mundo social. Lo asombroso es que este mundo por más artificial e imaginario que sea, con todas sus limitaciones, nos permite asir y representar el mundo real. Y esto es posible justamente porque no existen relaciones de mutua correspondencia entre ninguno de ambos mundos.

Dr. José Javier Blanco Rivero  
Universidad Simón Bolívar

---

<sup>10</sup> Nos apoyamos en lo expresado por Rüdiger Zill, en Bödeker (2002), pp. 223-226.